

EL PAÍS

EDITADO POR DIARIO EL PAÍS, SOCIEDAD LIMITADA

PRESIDENTE

Jesús de Polanco

CONSEJERO DELEGADO

Juan Luis Cebrían

DIRECTORES GENERALES

Jesús Ceberio y Pedro García Guillén

DIRECTOR

Javier Moreno

DIRECTORES ADJUNTOS

Vicente Jiménez, Lluís Bassets y Xavier Vidal-Folch

Subdirectores: Carlos Yáñez, Berna G. Harbour, Antonio Caño, Tomás Delclós, Francesc Valls. EDICIÓN DOMINICAL: Subdirector, Jan Martínez Ahrens. EDICIÓN INTERNACIONAL: Subdirectora, Mariló Ruiz de Elvira. Director de Arte: David García.

EDICIONES: Román Orozco (Andalucía), Josep Torrent (Comunidad Valenciana) y Ander Landaburu (País Vasco).

Gerente Comercial: Felipe Lucas. Gerente de Recursos: Julio Alonso.

Hombres y mujeres

EL PROYECTO de Ley de Igualdad entre mujeres y hombres, presentada esta semana por el ministro Jesús Caldera ante la comisión correspondiente del Parlamento, tiene entre sus objetivos centrales el de eliminar mediante "acciones positivas" en todos los niveles, públicos y privados, la discriminación que todavía afecta a las mujeres, especialmente en el terreno laboral. Objetivo que cuenta con un amplio respaldo social, según las encuestas, aunque algunas de las medidas concretas previstas en la ley son demasiado intervencionistas, en perjuicio del deseable consenso, no sólo político, con que convendría arropar a la ley.

La incorporación de la mujer al trabajo constituye uno de los grandes logros del actual periodo democrático de la historia española. Actualmente, en el 43% de los hogares con hijos pequeños trabajan ambos cónyuges, frente al 42% en que sólo lo hace uno. Pero esa incorporación convive con la permanencia de discriminaciones contra la mujer en un mercado laboral cada vez más competitivo. A igual trabajo, los salarios que perciben son menores que los de los hombres. Y, con frecuencia, su llegada a los puestos de responsabilidad se ha visto limitada por el simple hecho de ser mujer.

Aparte de las reminiscencias de la tradición, que empiezan a ser marginales en un número creciente de hogares, existen otras razones que tienen que ver con los hábitos de trabajo en España y, sobre todo, con la ausencia de infraestructuras que, como las guarderías o las redes de asistencia social, faciliten compatibilizar la vida familiar con la laboral. Se produce así un círculo vicioso que perjudica de manera especial a las mujeres. Puesto que sus salarios suelen ser más bajos que los de los hombres, son ellas las que deben sacrificar su trabajo cuando la situación familiar requiere en el hogar la presencia más o menos constante de uno de los cónyuges. Y puesto que los empleadores son conscientes de esta circunstancia, con frecuencia se mues-

tran reacios a contratar trabajadoras y, más aún, a ofrecerles puestos de responsabilidad.

Sin políticas dirigidas activamente contra este círculo vicioso es difícil imaginar que los obstáculos a los que se enfrentan las mujeres en el ámbito laboral desaparezcan por sí solos. Por tanto, hace bien el Gobierno al adoptar medidas que promuevan una efectiva igualdad. Otra cosa es, sin embargo, que se pretenda fijar por ley, de manera voluntarista, pautas como el número de mujeres presentes en los consejos de administración de las empresas. No sólo es cuestionable el desproporcionado intervencionismo público que ampararía esa norma, sino la confusión en los objetivos que provocaría. Lo que debería perseguirse no es que haya el mismo número de hombres y mujeres en los centros de decisión, sino que hombres y mujeres estén en igualdad de condiciones para acceder a puestos de responsabilidad.

Democracia en América

HAY SÍNTOMAS inquietantes sobre la deriva del sistema político estadounidense bajo la presidencia de Bush. La tendencia al predominio del ejecutivo sobre los otros poderes del Estado está rompiendo los equilibrios que fueron característica esencial de la democracia americana. El Tribunal Supremo está convocado a pronunciarse en breve sobre algunos efectos de esa tendencia, y la ciudadanía también podrá hacerlo en las elecciones del 7 de noviembre. Bastará con que los republicanos pierdan una de las dos Cámaras del Congreso para que por impulso del otro gran partido se abran comisiones de investigación sobre los excesos de la actual Administración en muchos terrenos.

Desde su concepción de la guerra contra el terrorismo como justificación de la invasión de Irak, con efectos humanos y económicos desastrosos, a la gestión de crisis como la provocada por el huracán Katrina, la figura de Bush está siendo sometida a un exigente escrutinio intelectual, como el que realiza en su último libro el periodista Bob Woodward, famoso por el caso *Watergate*. En otro nivel, el escándalo del congresista Mark Foley, que mandaba correos electrónicos de contenido sexual a adolescentes que trabajaban en la Cámara, ha sido considerado por algunos comentaristas como la gota capaz de desbordar el vaso del desprestigio de la actual mayoría.

Sin embargo, la popularidad de Bush ha subido desde la reciente y bien orquestada conmemoración del quinto aniversario del 11-S. Su partido ha vuelto a lanzar una campaña en torno a los valores conservadores, y levantando una vez más la bandera que más éxitos les ha dado estos años: la de la seguridad nacional. Saben que estos valores han ganado terreno en la sociedad americana. El Congreso ha aprobado la ley de comisiones militares, que otorga más poder al presidente del que nunca haya tenido un ocupante de la Casa Blanca, salvo en tiempos de guerra; y la supresión de derechos constitucionales básicos, como el *habeas corpus* para los acusados de terrorismo, pone en manos del presidente los límites de lo que se puede

considerar tortura a prisioneros, permitiéndole interpretar a conveniencia las garantías de la Convención de Ginebra. Cualquier persona detenida en cualquier lugar como "combatiente enemigo ilegal" podrá ser retenida sumariamente, sin garantías. Son síntomas del alejamiento de algunas de las tradiciones más firmes de la democracia en América. Bush ha pretendido justificarse invocando a Churchill. Pero el *premier* británico lo tuvo claro: se opuso radicalmente a la tortura, considerando que los demócratas no pueden imitar a sus enemigos en aras de una supuesta eficacia.

Para que siga el debate

EL COMITÉ Consultivo de Bioética del Departamento de Salud de Cataluña acaba de aprobar un informe en el que propone despenalizar la eutanasia y la ayuda al suicidio en determinados casos. Hasta ahora, el debate sobre la eutanasia ha proporcionado en España materiales de gran calidad filosófica y jurídica, entre los que destacan un documento del Observatorio de Bioética de la Universidad de Barcelona y otro del Instituto Borja de Bioética, el primero desde una perspectiva laica y el segundo desde la reflexión cristiana. El nuevo informe del Comité Consultivo supone un paso cualitativo en la medida que aporta propuestas muy concretas de regulación. Discutir sobre lo concreto es la mejor manera de encauzar un debate que se presta a la demagogia, los apriorismos ideológicos y la confusión.

Siguiendo las escasas experiencias legislativas que existen en el mundo, el documento propone limitar la eutanasia y la ayuda al suicidio a casos de enfermedad incurable que provoca un sufrimiento insoportable, siempre a petición del enfermo y bajo supervisión médica. En estos momentos, la eutanasia sólo está despenalizada en Holanda, Bélgica, el Estado norteamericano de Oregón y Suiza (en este caso limitada al suicidio asistido), pero esas experiencias han demostrado que es posible establecer una regulación efectiva garantizando al mismo tiempo los mecanismos de control necesarios para evitar posibles abusos.

Muchas de las personas que ven con recelo una posible regulación están movidas por el sincero y respetable temor a que se produzca una deriva que acabe amparando casos de eutanasia en ancianos desvalidos por razones sociales más que médicas. El documento comparte esta preocupación y propone estrictos mecanismos de control previo y posterior. En todo caso, una práctica encubierta de eutanasia puede ser mucho más peligrosa desde el punto de vista del riesgo de abusos, que una práctica transparente y tutelada. Y esa práctica encubierta no sólo existe, sino que crece.

El informe del Comité de Bioética de Cataluña es un documento ampliamente documentado y con sólidos argumentos que merece ser tenido en consideración. Discutir la posibilidad de regular la eutanasia y el suicidio asistido en España no debería provocar anatemas y descalificaciones previas: sólo los intolerantes que se consideran en posesión de la verdad, se cierran a un debate sereno y respetuoso.

REVISTA

DE PRENSA

LE POINT

Todos somos Redeker

Está claro: ahora, no se podrá escribir si no es en presencia del imán de la mezzquita de al lado o del delegado local de la Federación de los Derechos del Hombre. Robert Redeker, profesor de filosofía (...) al escribir en *Le Figaro* que "Mahoma era un maestro del odio", ha proferido una barbaridad. Sin duda, se ha olvidado de leer la sura de la abeja (...)

Redeker no es un especialista del Islam y pensábamos que en el seno de la democracia francesa tendría la libertad de expresar sus opiniones, aunque fueran falsas. ¡Pues, no! En este país se puede hablar mal de todas las religiones, (...) pero nunca del Islam.

Tras las amenazas de muerte de las que ha sido objeto, Robert Redeker ha sido literalmente abandonado por las más altas autoridades del Estado, que han adoptado la estrategia (...) de Poncio Pilatos. Es una vergüenza porque aquí lo que está en juego es la libertad de expresión.

A pesar de apoyar esa libertad de expresión, (...) la Liga de los Derechos del Hombre no ha dudado en denunciar las "ideas nauseabundas" de Redeker. Sin embargo, la perla de todo ello la ha proporcionado el Movimiento contra el Racismo y por la Amistad entre los Pueblos, (...) para el que "toda forma de violencia produce, como respuesta, otras formas de violencia, algunas veces más extremistas". La próxima vez, Redeker tendrá más cuidado. En Francia, sólo se puede hablar mal del sucesor de Juan Pablo II, Benedicto XVI o, incluso, de George Bush, Tony Blair, (...) o Nicolas Sarkozy. ¿Entendido?

Franz-Olivier Giesbert

París, 5 de octubre

FORGES



PIEDRA DE TOQUE

Asesinato en Amsterdam

MARIO VARGAS LLOSA

Un reportaje puede ser una obra de arte, si su autor escribe con elegancia y eficacia, documenta con rigor sus informaciones y las organiza con la precisión y la astucia de un buen novelista. Es lo que ha hecho Ian Buruma en *Murder in Amsterdam*, un libro que se lee como una novela de suspenso aunque en él no haya fantasía y sí historia viva y hunda sus raíces en la más candente actualidad.

El libro es una exploración del asesinato del cineasta holandés Theo van Gogh, el 2 de noviembre de 2004, por un marroquí-holandés de 26 años, Mohammed Bouyeri, y sus antecedentes, reverberaciones y la problemática de la inmigración musulmana en Europa occidental. Ian Buruma reconstruye con objetividad y minuciosidad el pavoroso crimen —Bouyeri tiroteó primero, luego degolló al cineasta de un machetazo y por fin le clavó un puñal en el pecho que llevaba prendida una nota proclamando la guerra santa contra los infieles y amenazando de muerte a la entonces diputada somalí holandesa Ayaan Hirsi Ali—, traza vívidos perfiles de todas las personas directa o indirectamente relacionadas con el suceso y un animado fresco de las tensiones, miedos, prejuicios, violencias y polémicas que la masiva presencia de esos “nuevos ciudadanos”, sobre todo de origen marroquí, provoca desde entonces en Amsterdam, una ciudad donde, calcula Buruma, al ritmo actual de flujos migratorios, habrá hacia 2015 más musulmanes que cristianos.

El libro es desapasionado, lúcido y rico en sugerencias intelectuales, como suelen ser las crónicas y ensayos de Ian Buruma, una viviente mezcla de culturas, pues nació en Holanda, se educó en Inglaterra, vivió muchos años en Japón, cuya lengua domina al igual que otras varias, y vive a salto de mata por el mundo (aho-

ra en New York). Y es también una peregrinación a las fuentes, porque, para escribirlo, su autor debió volver, después de muchos años, a su tierra natal y sumergirse de nuevo en un paisaje natural y humano que apenas reconoce, por los formidables cambios que ha experimentado a causa precisamente de esos dos fenómenos que su libro analiza, a partir del asesi-

nato de Theo van Gogh, como en una probeta de laboratorio: los éxitos y fracasos del multiculturalismo y de la globalización.

Con justicia, los holandeses, hasta hace relativamente poco tiempo, se sentían orgullosos de su política de inmigración. Eran el país que había abierto sus puertas a los inmigrantes mucho más que cualquier otro país europeo y

el que había hecho mayores esfuerzos para respetar sus costumbres, lenguas y creencias de modo que no se sintieran, por el hecho de vivir y trabajar en Holanda, obligados a renunciar a su propia identidad religiosa y cultural. Mohammed Bouyeri era, en cierto modo, un exitoso producto de aquella política. Su humilde padre había salido adelante desde el

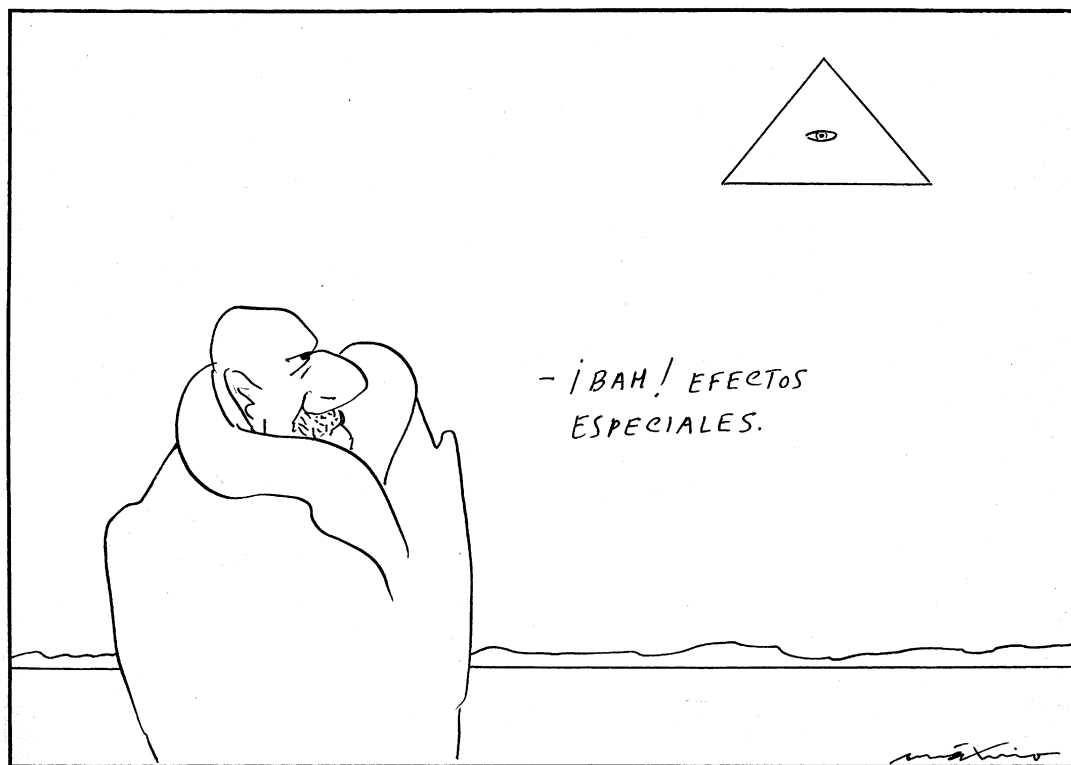
punto de vista económico y Mohammed había tenido una niñez y adolescencia infinitamente mejores que las de su progenitor, por las escuelas e institutos superiores que frecuentó, gracias a subvenciones del Estado holandés.

¿Cómo se explica, pues, que este joven, que había sido en sus años mozos casi un integrado, un holandés cabal, por su lengua, indumentaria, usos y costumbres, relaciones, de pronto, rechazara todo eso y, con otros hijos de inmigrantes como él, se convirtiera a una forma particularmente violenta, excluyente y fanática del islamismo y se pusiera a odiar, por encima de todo, justamente esa democracia tolerante, abierta a la diversidad, que es Holanda? Mohammed Bouyeri, cuyo árabe era tan precario que tenía a veces dificultades para entenderse con sus amigos y debía hacerlo en holandés, se integró a un grupo de extremistas islamistas uno de cuyos pasatiempos era ver videos, procedentes del Oriente Medio, con las ejecuciones de apóstatas y herejes, en países donde se ha implantado la *sharia*. Ian Buruma relata que uno de los miembros del grupo de Bouyeri pasó su luna de miel, en el piso de éste, entregados él y su flamante esposa a la contemplación de estas películas de degüellos de los enemigos del Islam.

Es verdad que sólo un grupo reducido de estos “nuevos ciudadanos” ha seguido una trayectoria semejante a la de Mohammed Bouyeri y sus fanáticos amigos. Pero el reportaje de Ian Buruma por los barrios y ciudades musulmanes de Holanda deja la inequívoca impresión de que, aunque la mayoría de estos “nuevos ciudadanos” rechacen la violencia y se empeñen en vivir dentro de la ley y prosperar con su esfuerzo, sólo una minoría muy reducida llegan a sentirse “holandeses”, solidarios y parte constitutiva del país

Pasa a la [página siguiente](#)

MÁXIMO



Siento no poder darles una noticia, pero les confirmo que el país ha cambiado en los últimos 15 años. Es el tiempo que he tardado en regresar al departamento del Defensor del Lector, sección pionera de la prensa española, que en su día se denominó Ombudsman, y que el próximo mes de noviembre cumplirá 21 años. En su día tomé el relevo de Jesús de la Serna, un periodista que ha enseñado no sólo el oficio sino la forma de ser y estar en la profesión a varias generaciones, y al que todavía tengo el placer de ver en la escuela de periodismo de EL PAÍS. He estado a punto de calificar a Jesús de maestro de periodistas, pero dada la devaluación por abuso del término me limitaré a señalar a los muchos periodistas de varias generaciones que le han conocido que siguen siendo un referente en este diario.

De hecho, una nueva generación, surgida de la escuela de periodismo, lleva hoy las riendas del periódico. Javier Moreno, director desde el pasado mes de mayo —que me ha designado para este cargo que ha estado vacante en los tres últimos meses—, y varios miembros del equipo directivo proceden de la escuela. Una nueva generación que se enfrenta al mismo desafío que las anteriores en un entorno más competitivo tras la explosión de Internet y la gene-

ralización de la prensa gratuita: contar y explicar lo que es nuevo y resulta de interés para unos lectores cada vez mejor informados. Con la razón y sin miedo. Y, en lo que respecta a este Defensor del Lector, explicar a los lectores si cumplimos con nuestro *Libro de estilo*, que es simplemente el código interno que esta Redacción se ha dado a sí misma.

Decía que el país ha cambiado —y EL PAÍS, qué duda cabe—, pero algunos problemas siguen siendo los mismos. El ruido y la furia que sacuden los medios de comunicación como una extensión indeseable de la pugna política no son nuevos. Ni las presiones a las que estamos sometidos los periodistas, responsables de los contenidos de los medios de comunicación para los que trabajamos. La independencia, que aparece impresa como una declaración de principios bajo la cabecera de este diario, no reside sólo en la empresa que lo edita, sino fundamentalmente en los periodis-

tas que en él trabajan y en el empeño que pongan por exigir el respeto de las normas profesionales que defiende el periódico. Es decir, queridos lectores, éste no es sólo un asunto de empresarios, sino sobre todo de periodistas.

Una campaña mezquina

Digo esto porque en el breve tiempo, apenas unos días, en que he vuelto a ocupar el despacho de Defensor del Lector he recibido algunas cartas y llamadas alentadas por una de las campañas más mezquinas que recuerdo. La acusación de que los periodistas que hacemos este diario tenemos algún interés en ocultar o tergiversar algún hecho relevante sobre el más sangriento atentado de la historia de España. La acusación, por siniestra y grotesca que parezca, y no sólo referida a esta Redacción, forma parte de un debate público que pone de manifiesto la necesidad de afrontar con hu-

mildad y coraje la situación de la información en España. Con humildad, porque no siempre publicamos noticias importantes, y con el coraje suficiente para explicar, si hiciera falta, que hay campañas capaces de mercader con la vida y la muerte de nuestros conciudadanos. La información sobre los medios de comunicación —sobre todos los medios de comunicación— suele ser parcial y escasa, teniendo en cuenta el papel determinante que juegan, que jugamos, en la formación de la opinión pública. Una asignatura pendiente que habría que afrontar con los mismos criterios que fija el artículo 3.2 del Estatuto de la Redacción. “EL PAÍS se esfuerza por presentar diariamente una información veraz, lo más completa posible, interesante, actual y de alta calidad, de manera que ayude al lector a entender la realidad y a formarse su propio criterio”.

Es evidente que muchas veces no cumplimos el compromiso que tenemos con nuestros lec-

tores; cometemos errores, las erratas nos comen y hay quien nos ve oficialistas y adocenados.

Un lector de Madrid pide una posición más crítica respecto al Gobierno. “En los últimos meses viene apreciándose en su periódico, señaladamente en la sección de Opinión, una disminución de las reflexiones críticas hacia la tarea del Gobierno de Rodríguez Zapatero. Son varias las decisiones políticas y económicas que merecerían un análisis más riguroso. Baste con citar, por ejemplo, la sesgada elaboración de los Presupuestos Generales del Estado bajo la presión del Estatuto catalán; o la falta de interés oficial por reformar la tributación para que dejen de pagar únicamente impuestos los asalariados. En su periódico han abandonado la sana práctica del debate crítico sobre opciones políticas y económicas que interesan a los ciudadanos. Y, por cierto, también deberían prestar más atención a la calidad y expresividad de los títulos. Vea, Defensor, este ejemplo del pasado martes, página 34, en la edición de Madrid: “La comunidad premia a las empresas que fomentan la compatibilidad, pero no aplican programas a sus funcionarios”.

Ustedes tienen la palabra.

Los lectores pueden escribir al Defensor del Lector por carta o correo electrónico (defensor@elpais.es).

EL DEFENSOR DEL LECTOR

Entre el ruido y la furia

JOSÉ MIGUEL LARRAYA

Asesinato en Amsterdam

Viene de la **página anterior** donde han nacido, se han educado, cuya lengua es ya también la suya y donde se ganan la vida y probablemente pasarán el resto de sus días. Se siguen sintiendo extranjeros y ajenos, aunque también se sientan algo parecido cuando van de visita a las aldeas y comarcas marroquíes de donde salieron sus ancestros. Es esta condición de vivir como en un limbo lo que a algunos de ellos les induce a refugiarse en la religión, en sus formas más odiosas e intolerables, porque de este modo adquieren una identidad y la fuerza moral que da sentirse miembro de una cohorte de elegidos, de santos justicieros.

¿Explican los prejuicios sociales y raciales, la discriminación de que a menudo son objeto, las burlas y bromas pesadas de que son víctimas y que, por ejemplo, solía infligirles en sus programas el rabelaisiano y anarcoide Theo van Gogh, esa tenaz resistencia de estos musulmanes a integrarse?

Desde luego, dicen algunos de los entrevistados —políticos, intelectuales, artistas, trabajadores sociales— por Ian Buruma. La falta no es de ellos, añaden, sino de los holandeses, blancos y cristianos o librepensadores, que miran por sobre el hombro, o simplemente evitan mirar, a los nuevos ciudadanos. Lo que Holanda ha hecho para integrarlos —no hay que confundir esta palabra con asimilarlos— es algo, pero muy por debajo de lo que haría falta para que esa política diera resultados.

Sin embargo, hay entre los “nuevos ciudadanos” algunos, como el jurista y escritor de origen persa, Afshin Ellian y Ayaan Hirsi Ali —los personajes más conmovedores de este libro— para quienes esta lectura es ingenua, aunque parezca muy progresista. Para ellos, el meollo del problema no está tanto en los prejuicios y la discriminación, que no niegan y que por supuesto combaten, como en el meollo mismo de una religión y de una tradición incompatibles con el género de coexistencia pacífica y amistosa que cree posible alcanzar el multiculturalismo. Ambos, por eso, son odiados por los fundamenta-

listas, deben andar con protección las veinticuatro horas del día, y están muy conscientes, en estos tiempos de suicidas sagrados y hombres-bomba, de que están vivos todavía de puro milagro.

Ian Buruma los llama los “fundamentalistas de la Ilustración”, porque creen que Europa no puede renunciar a los valores de la libertad de crítica, de creencias, a la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, al Estado laico, a todo aquello que costó tanto trabajo conseguir para librarse del oscurantismo religioso y del despotismo político, la mejor contribución del Occidente a la civilización. Según ellos, no es la cultura de la libertad la que debe acomodarse, recordándose, a sus nuevos ciudadanos, sino éstos a ella, aun cuando implique renunciar a creencias, prácticas y costumbres inveteradas, tal como debieron hacer los cristianos, justamente, a partir del siglo de las luces. Eso no es tener prejuicios, ni ser un racista. Eso es tener claro que ninguna creencia religiosa ni política es aceptable si está reñida con los derechos humanos, y que por lo

tanto debe ser combatida sin el menor complejo de inferioridad. Es lo que ambos han venido haciendo todos estos años, en Holanda, entre la población musulmana —Ayaan Hirsi Ali entre las mujeres, sobre todo— y esa es la razón por la que a esta última, sus vecinos y conciudadanos holandeses —blancos, cristianos o agnósticos— la echaron del edificio donde vivía, amparados por los jueces, porque su presencia los ponía también a ellos en peligro.

La anécdota dice mucho sobre el coraje y el idealismo de Ayaan Hirsi Ali, desde luego, pero, también, sobre la apatía, cuando no la cobardía, tan extendida en las sociedades abiertas del planeta, para defender las grandes conquistas de las que Occidente puede enorgullecerse (hay otras cosas de las que debe avergonzarse, desde luego) por parte de sus beneficiarios. Tal vez sea comprensible, aunque no excusable. Viven tan bien, tan protegidos y seguros, que, aunque los periódicos y la televisión les traigan noticias a veces de lo mal que andan las cosas allá lejos, se han olvidado ya de que ha sido gracias a

esas instituciones que a ellos les suenan palabras huecas, de políticos —libertad, derechos humanos, democracia—, que han alcanzado los altos niveles de vida de que gozan, y también esa seguridad que les da estar amparados por leyes justas y poderes mediatizados. Por eso, se permiten ser egoístas, complacientes, e irritarse cuando alguien perturba su comodidad.

No es peregrino pensar por eso que si la cultura de la libertad resiste y vence el asalto de este nuevo desafío —el fanatismo religioso— se deberá sobre todo a esos nuevos ciudadanos que por fortuna tiene ahora Europa occidental, gentes como Afshin Ellian y Ayaan Hirsi Ali, que, por haber sufrido en carne propia los horrores del oscurantismo religioso y la barbarie política, saben la diferencia. Y defienden ahora esta cultura que han hecho suya con una convicción que las amenazas y peligros fortalecen en vez de debilitar.

© Mario Vargas Llosa, 2006.

© Derechos mundiales de prensa en todas las lenguas reservados a Diario El País, SL, 2006.

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico: CartasDirector@elpais.es. Andalucía@elpais.es. Bilbao@elpais.es. Catalunya@elpais.es. Valencia@elpais.es. Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.es

Moros y cristianos

Como no tenemos nada mejor que hacer, ahora empieza la polémica sobre las fiestas de moros y cristianos, e incluso la comunidad islámica exige su transformación, cuando no su eliminación, porque hiere determinadas sensibilidades.

Vale. Algunos dicen estar de acuerdo. Algunos alcaldes, también. Son los mismos que cuando uno grita que su sensibilidad está sumamente ofendida por tanta fiesta de pueblo en la que se tira una cabra desde un campanario, se mata un toro a lanzadas, se descabezan gansos o gallos, se emborracha a un pobre animal, se matan a beber los jóvenes mozos del pueblo... ponen el grito en el cielo en nombre de la intocabilidad de tan sagradas tradiciones, que son parte de nuestro acervo cultural.— **José Julio Tato Puigcerver**. Alicante.

Acerca del ácido bórico

Me hace gracia que unos peritos de la policía hayan confesado ante un juez, para luego quejarse de haber declarado la verdad bajo coacción. Incluso en *El Mundo* se ha llegado a escribir que los interrogatorios de Garzón son como los que practicaban los nazis.

Policías españoles... interroga-

Una coma

Durante una cena, rodeada de mucha gente, una mujer se preguntaba cómo había conseguido conocer a su marido: “Yo era una bibliotecaria que pasaba 12 horas diarias en la biblioteca”, lugar que su marido no frecuentó nunca. A esta curiosa revelación siguieron otras: que su esposo “quiso ordeñar a un caballo” o que creía “que todo se arregla con la motosierra”. Esta mujer, de nombre Laura Bush, puede añadir, al repertorio de disparates de su marido, su última frase: “Irak será sólo una coma de la historia”. Quizás el presidente más poderoso del mundo desconozca el tamaño de una coma o el significado metafórico de su frase. Comparar una coma con un país que no conoce lo que es vivir en paz, un país invadido por tropas internacionales amparándose en una mentira, que se ha librado de un régimen dictatorial pero en el que el terrorismo mata cada día a decenas de personas, un país en el que han perdido la vida más de 50.000 iraquíes y 2.500 soldados estadounidenses, puede ser propio de una persona que nunca ha pisado una biblioteca, que no sabe que un caballo no puede ordeñarse y que los problemas no se solucionan con una motosierra, pero no de alguien que tiene en sus manos el destino de millones de personas. Ninguna parte del mundo debería ser gobernada por quien es capaz de reducir el dolor, la injusticia, la guerra y la muerte a una coma, porque nos privará a todos de conseguir leer una sola palabra.— **Alberto Ríos Mosteiro**. Madrid.

dos ante su abogado, dos fiscales, una secretaria del juzgado... Tiene gracia. No sé qué edad será la de estos policías peritos. Recuerdo interrogatorios de policías... También cuando se introdujo en la Ley de Enjuiciamiento Criminal los artículos tan novedosos entonces sobre la asistencia al detenido y la particular interpretación que se hacía en dependencias policiales. ¡Asistí como abogado a tanta gente joven verdaderamente coaccionada en las comisarías de Oviedo, Gijón, Avilés...! No me puedo creer lo de los policías coaccionados mientras declaraban sobre las propiedades del ácido bórico y las fechas de firma de unos informes.— **Antonio Masip Hidalgo**. Eurodiputado.

Durante mi tierna infancia, vivida allá entre las décadas de los cincuenta y sesenta en un cortijo de la sierra de Aracena, mi abuela tenía una alacena llena de botes de ácido bórico, que recuerdo como un polvo blanco de aspecto escamoso. Lo utilizaba para conservar tomates para el invierno, para fabricar un desinfectante suave llamado agua boricada, para lavarse los ojos y arañones y para evitar que la leche se agriase.

En aquella pequeña habitación

estuvo oculto y atendido durante semanas un maquis que una mañana de niebla apareció con la inglaterra atravesada por el disparo de un guardia civil. Bajo los botes blancos durmió, comió, compartió conversaciones miedosas con mi abuelo y, para distraerse, recuerdo que confeccionó con letra de calígrafo etiquetas para los frascos. El maquis era, por supuesto, un malvado y revolucionario comunista desestabilizador, y un día, ya medio curado, pudo levantarse del camastro bajo los botes de ácido bórico y se marchó de noche abrazando a todo el mundo.

Hoy día, recordando todo esto tras leer la prensa y oír la radio, y que tenía injustamente olvidado, me he sentido obligado a contarlo, para demostrar a quien proceda que la relación terrorismo y ácido bórico viene de muy lejos.— **Antonio Santos Barranca**. Valencia.

Cambio climático

He leído un artículo de Mercedes Pardo sobre el cambio climático (EL PAÍS, 3-10-2006), interesante y necesario para intentar conseguir que la sociedad tome conciencia de este fenómeno que se está acelerando en los últimos años, pero

tanto en éste como en otros muchos artículos que se publican sobre el tema, echo de menos una forma sencilla y natural de combatir el aumento de CO₂ en la atmósfera: *plantar árboles*. En España para cumplir con el Protocolo de Kioto se podrían hacer plantaciones masivas de árboles de crecimiento rápido y medio y contabilizar el CO₂ que fijarían en su masa.— **Juan Antonio Martín**. Madrid.

Digitalización de archivos

Le escribo estas líneas para expresar mi discrepancia sobre el proceso de digitalización, por los miembros de la organización Sociedad Genealógica de Utah, de los documentos municipales de los Ayuntamientos citados (Manacor, Capdepera, Andratx, Mérida y Archidona) en su artículo del *CiberP@is* del 5 de octubre. La discrepancia se basa en dos motivos: **1.** Es increíble que en una sociedad democrática y garante de las libertades del ciudadano, se encargue a una sociedad de una confesión religiosa determinada, sin garantías de otros usos controlados *a posteriori*, el archivo digital de datos privados de los ciudadanos de los que la autoridad competente es sólo depositario (en confianza). ¿Por qué a ellos y no a una congregación monacal ortodoxa, a una sociedad musulmana, a una entidad católica o budista? ¿No sería más lógico que estos ayuntamientos habiliten los presupuestos correspondientes y digitalicen los documentos mediante una empresa especializada con todas las garantías de confidencialidad y de que los registros quedan en poder del propio Ayuntamiento? ¿Por qué se permite que se almacenen en un país extranjero sin posibilidad jurídica de comprobación de la confidencialidad y uso adecuado? ¿No existe una ley en España sobre privacidad de datos almacenados en sistemas de información?

2. No es comprensible que EL PAÍS se haga eco de semejante disparate y no lo denuncie precisamente por lo contrario: como atentatorio contra las libertades y el Estado de derecho.— **Carlos González Sereno**.

Odisea con las multas

El pasado mayo recibí a mi nombre una carta de pago de la Agencia Tributaria del Ayuntamiento de Madrid, en Raimundo Fernández Villaverde. Era una multa en una calle que no sé ni donde está, en día laborable trabajando en Alcalá de Henares y de un coche que no sé matrícula que no era la mía. A partir de ahí, comienza una odisea que no sé cuando va a terminar.

En mi primera visita a la Agencia Tributaria me envían a la Junta de Distrito, después a la calle Alcalá..., y yo solo quiero que me escuchen porque esa sanción no es mía. Después de incontables idas y venidas en una oficina municipal por fin me dan el teléfono de la calle Albarracín 33, que es donde está Gestión de Multas y allí es donde me dicen que las sanciones son de Bruno Filippini, que tiene el mismo NIF que yo, pero en otro país de la UE.

Durante el mes de agosto recibí otras notificaciones de multas de tráfico también del Ayuntamiento con otros dos coches diferentes pero que tampoco he conducido jamás. Me voy directamente a la calle Albarracín donde me dan una copia de las sanciones originales y vuelve a aparecer el señor Filippini. Regreso a Fernández Villaverde con las copias y una carta de recurso. La funcionaria ni mira mi carta y me la devuelve mientras viendo las denuncias y la carta de pago murmura “que follón”. Llama a su supervisora y dice “esto tengo que estudiarlo”.

Me llaman del Ayuntamiento a la semana y me dicen que he cometido yo las sanciones y que son datos facilitados por los funcionarios. No paro de recibir notificaciones del Ayuntamiento amenazando con embargo de cuenta e imaginando que me pueden quitar los famosos puntos por unas sanciones que yo no he cometido, entrar en listas de morosos, etc, sin que pueda hacer nada.

Espero deseo que el Sr. Filippini viva muy feliz el resto de sus días en su país, porque en España ha hecho lo que le ha parecido con los coches de gratis, mientras a mí por la ineficacia de los funcionarios que solo teclean 7 numeritos me están volviendo loca.— **Mercedes Condado**. Madrid.

¿SON COMPATIBLES ISLAM Y FEMINISMO?

Libertad, igualdad, razón

ROSA MARÍA RODRÍGUEZ MAGDA

El feminismo es la lucha por la libertad, la igualdad y la emancipación. La democracia también. Las beneficiarias de los logros del feminismo no son sólo las mujeres, sino la sociedad en su conjunto. Pues no hay verdadera libertad, igualdad, emancipación y democracia cuando persiste la discriminación en función del sexo, cuando las mujeres no son dueñas de su vida, de su cuerpo, de su sexualidad, y se encuentran sometidas a la autoridad del varón, ni hay verdadera dignidad para éste cuando se le adjudica socialmente un estereotipo dominador.

Deberemos concluir que la crítica de todo ello obedece a valores universales e innegociables y en modo alguno a un imperialismo cultural de Occidente. El relativismo que equipara todas las culturas se convierte en coartada para frenar la denuncia de la injusticia o la desigualdad.

Por desgracia, hoy día existen muchos países donde se dan esas condiciones infamantes para las mujeres; también Occidente necesita una continua revisión al respecto, pero quisiera ocuparme aquí de la discriminación específica ligada a las comunidades musulmanas, dado que en ellas predomina una especial dimensión política y religiosa.

¿Qué relación tiene el sojuzgamiento de las mujeres con el islam como fenómeno social y religioso? Diversas son las respuestas: *a)* el sometimiento de las mujeres en países islámicos es algo cultural e histórico, no necesariamente ligado al islam; *b)* la discriminación de la mujer es algo ligado al islam cultural y político

pero no religioso; *c)* tiene un fundamento religioso y se deduce del Corán, y *d)* es una mala lectura del Corán, pues éste es liberador para las mujeres.

Todo ello adquiere además especial relevancia cuando, fruto de la presencia de la inmigración musulmana, el asunto afecta a las propias sociedades occidentales.

Parece que, independientemente de cuál de estas opciones se considere cierta, sobre la crítica legítima del feminismo frente al sometimiento de las mujeres en el marco islámico empieza a planear una acusación: la de islamofobia. Pero fobia es odio irracional, y el feminismo lo que reclama es precisamente el ejercicio de la razón, y su necesaria aplicación ética. Callar frente a la injusticia no es respeto, es cobardía.

Ante la necesaria denuncia de lo evidente, existe una corriente de "feminismo islámico", que aceptando *a* o *b*, negaría *c*, apostando por *d*. El feminismo islámico marca sus distancias tanto frente a la ortodoxia islamista cuanto al que denominan feminismo occidental, liberal, colonialista o laico, se articula "dentro de un paradigma islámico" y "deriva su comprensión y mandato del Corán". No se trataría únicamente de despojar a éste de sus lecturas patriarcales, sino de

mostrarlo como la genuina y diferente forma de entender la igualdad entre los géneros y la dignidad de las mujeres; por ello, se dice, es necesario "recuperar el mensaje igualitario" del Corán. La cuestión de fondo estriba en qué estamos entendiendo por igualdad, si entendemos igualdad ante Alláh, pero se mantiene la "complementariedad" de los sexos, la diferente función en el seno de la familia, la poligamia, el matrimonio tem-

El rechazo a injerencias foráneas se hace a costa de la emancipación de las musulmanas

poral, el derecho de tutela del hombre sobre la mujer, el carácter obligatorio o deseable del velo y la discriminación en materia de herencia..., todo ello prescrito por el Corán. Entonces utilizamos la noción de igualdad de manera equívoca, pues lo que estamos realmente afirmando es la diferencia, por más que apostemos por un mayor protagonismo de las mujeres, que a la postre quedan encuadradas, limitadas o supuestamente dignificadas en su diferencia.

La cuestión no es si resulta posible una lectura feminista del Corán que propicie la emancipación de la mujer musulmana. Ello sería deseable en el mismo sentido en que se realizó una hermenéutica feminista de la Biblia —libro bastante patriarcal, por cierto—, abriendo caminos de protagonismo para la mujer desde el cristianismo. El problema comienza cuando no intentamos demostrar que el islam es emancipador para la mujer (en el sentido general del término, esto es: igualdad entre los sexos y ante la ley, derecho al propio cuerpo, ausencia de cualquier discriminación en función del sexo...), sino que derivamos del Corán una "forma diferente de dignidad para la mujer", que denominamos emancipación o feminismo aunque no cumple los requisitos igualitarios de éstos, y entonces acusamos al feminismo que pretende cumplirlos de occidental y etnocéntrico.

Cuando las mujeres se convierten en símbolos de identidad, nacional, cultural o religiosa, subsumen en esta identidad simbólica su rango individual. Así, el rechazo a toda injerencia foránea se hace a costa de su emancipación como individuos, la lucha poscolonial se superpone a la feminista.

El debate del feminismo en

los países islámicos es una cuestión que incumbe primordialmente a dichos países, desde el punto de vista occidental sólo cabe congratularse con el avance de un feminismo islámico que promueva la liberación de la mujer en el marco de su cultura y religión, abriendo la puerta a una nueva hermenéutica del Corán alejada de literalismos y de posturas patriarcales, estén éstas asentadas en él o en tradiciones culturales. Pero lo que en dichos países debería tener un carácter social y público no puede trasladarse sin más a los países occidentales, cuyo marco cultural, religioso y político es bien distinto. Lo que allí puede entenderse como progresista desde presupuestos religiosos o ancestrales limitativos, no lo es en absoluto en países occidentales, pues aquí representaría un retroceso al volver a discutir y problematizar logros consolidados.

Quede claro que en modo alguno estoy suponiendo un modelo occidental perfecto y sin fisuras. Pero debemos consensuar qué significamos por libertad, igualdad, etcétera, sin pretender que dichos conceptos sean producciones manchadas de occidentalismo, otorgando así coartada a fundamentalismos retrógrados. El feminismo no está aquejado de islamofobia, sino del esfuerzo compartido por la igualdad, la razón y la libertad, y en ellos legítima su crítica.

Rosa María Rodríguez Magda es filósofa y escritora; autora de *El placer del simulacro*, *Transmodernidad* y *La España convertida al islam*.

La islamofobia se instala entre nosotros. Su negación es una legitimación de su continuidad, y ello hace que no dispongamos de las herramientas para erradicarla.

Recientemente organicé con mis estudiantes de la Universidad una visita al Centro Islámico de Madrid. La excursión tenía como fin conocer el lugar y asistir a una conferencia coloquio sobre el Islam, que impartió el personal gratuitamente. En el debate, algunas estudiantes bien informadas comenzaron a preguntarme a nuestro anfitrión sobre las mujeres y el Islam. El coloquio subió de tono y el conferenciante se encontró agresivamente acorralado por el público. El responsable nunca podía terminar su discurso por la presión de parte del público. Al salir, reñí a las estudiantes, porque me parecía que el tono no había sido adecuado. Mis alumnas, ofendidas, decían que él estaba a la defensiva, y me di cuenta de que les resultaba prácticamente imposible imaginar que la situación se había creado desde las dos partes. Son "ellos" siempre los que están a la defensiva, como si eso fuera un sentimiento unilateral. Pero ¿de qué se tienen que defender?

De nosotros. De la islamofobia. Pero nuestro anfitrión no se defendía de la islamofobia de los discursos de algunos académicos o políticos, o de la que tiene su correlato en la violencia. Se defendía de la islamofobia naturalizada o "latente", según terminología de algunos autores fran-

ceses. Ésta, cercana al orientalismo de Said, no consiste sólo en colección de estereotipos. Es un modo de conocer esa realidad, y una estructura de conocimientos tan firmemente instalada que no admite alternativas, considerando, además, que los mecanismos de control sobre lo que se dice son muy sofisticados e infinitas sus formas de legitimación.

La idiosincrasia de la islamofobia en España tiene su base en la morofobia, y se encuadra en el odio al moro. Ésta, para el historiador Eloy Martín, se hace patente desde nuestro descubrimiento colonial de Marruecos, a últimos del XIX y primeros del XX, pero sobre todo, durante el Protectorado español en Marruecos (1912-1956) hasta la independencia del Sáhara. Marruecos se orientalizó, y la imagen negativa del marroquí, del moro, apuntalada por las relaciones coloniales, se extendió al conjunto de la población arabo-musulmana. Las características que históricamente se achacaban al marroquí eran la pereza, crueldad, lascivia, deslealtad, fanatismo, etcétera, y para el caso de las mujeres, básicamente la ignorancia y la sumisión, porque estos estereotipos estaban generi-

ÁNGELES RAMÍREZ

Sexismo neocolonial

zados. Y estas imágenes se refuerzan con la inmigración.

Y ahora la morofobia-islamofobia va adoptando diferentes formas, pero tiene una fundamental en España: la que se articula a partir de la construcción que se hace de las mujeres y de las chicas arabo-musulmanas. Y sucede que las niñas con pañuelo en los colegios son asociadas, por parte de algunos responsables, a la autoexclusión, al fracaso escolar y acusadas de ¡proseli-

Muchas occidentales no pueden admitir que hay musulmanas que llevan velo porque quieren

tismo! para conseguir que más niñas lleven pañuelo. O que algunas personas de la comunidad universitaria muestren y demuestren descontento ante estudiantes de licenciatura y de doctorado con velo. En este sentido, los discursos supuestamente progresistas, como buena parte del feminista, no escapan de estos argumentos, sino que le dan mayor legitimidad. Las feministas, sobre todo las de cierta edad,

instigadoras de la institucionalización del feminismo en España, no quieren ni oír hablar de la cuestión del velo, y niegan cualquier interpretación que no ponga el énfasis en la presión familiar a la hora de llevarlo. Para ellas, el velo es una forma de subordinación clara, que ignora los valores igualitarios y que excluye a las mujeres. Los que ponen en duda esta afirmación son tildados peyorativamente como relativistas culturales. Involución es la palabra que se maneja para reflejar los cambios que ha habido en los últimos años en la condición de las mujeres, uno de los cuales sería el velo. Es cierto que los derechos de las mujeres en los países arabo-musulmanes se han recortado, y que a la dominación tradicional se ha unido la de un Estado que, para legitimarse, usa el Islam en contra de las mujeres. Pero bueno sería considerar, por ejemplo, que muchas mujeres arabo-musulmanas eligen llevar el velo como forma de militancia, o para optimizar los escasos recursos que poseen y así poder optar a cierto prestigio, o a un mejor matrimonio, o como medio de movilidad social, o porque creen en Dios. Todo esto parece ser irrelevante para una parte importante

del feminismo. Así, paradójicamente, el feminismo, que nace como una ideología de liberación para la mitad de los oprimidos de la Tierra, puede transformarse y servir a los intereses de la islamofobia.

De este modo, la islamofobia en España tiene su mejor baza en un sexismo imperialista, en lo que antes se llamó feminismo colonial, y ahora feminismo burgués. Se ubica en la época colonial, siglo XIX y primeros del XX, cuando se usaba la condición de las mujeres para primitivizar, en este caso, a los árabes, y para confirmar la idea de base: que las mujeres son sumisas y débiles, y los hombres, autoritarios y agresivos. Nuestra islamofobia, entonces, se sustenta en buena parte sobre la situación de las mujeres de "los otros". La islamofobia, además, argumentada y justificada a partir de una crítica a la situación de las mujeres musulmanas, sobre todo las del pañuelo, que parece que necesitan ser salvadas. Por las otras mujeres, por nosotras, por supuesto. Y por eso, nuestras estudiantes, a quienes les pesaba como un fardo el pañuelo con el que nos tuvimos que cubrir la cabeza en la mezquita del Centro Islámico, discutían con el responsable. Habían decidido unilateralmente, sin consultarlas, salvar a las otras mujeres de la carga de llevarlo. A las mujeres de los otros.

Ángeles Ramírez es profesora de Antropología de la Universidad Autónoma de Madrid.